

Jorge Bucay

# CUENTA CONMIGO



Han pasado veinte años. Demián, el entrañable protagonista de *Déjame que te cuente*, tiene casi cuarenta años. Hace mucho tiempo que dejó de tener contacto con el Gordo, el psicoterapeuta que le enseñó a enfrentarse a la vida contándole cuentos. Pero, llegada su madurez, se encuentra en un momento de crisis. Su matrimonio ha fracasado y tiene que emprender nuevos caminos. Un reto profesional le lleva a trasladarse a otro país, la relación con su familia da un vuelco y, además, aparece en su vida una mujer muy importante para él.

Demián no puede olvidar cómo le ayudó Jorge en su juventud y siente la necesidad de buscarle. Finalmente, consigue encontrarle, pero esta vez tendrá que confiar más en sus propios recursos...

*A todos los lectores de Déjame que te cuente,  
que hicieron posible la existencia de este libro  
... y de este autor.*

## INTRODUCCIÓN

—Cómo lo complicas todo, Demián. No es bueno analizar tanto cada cosa, cada detalle y cada gesto. Todo lo que «no te cuadra» es motivo para meternos en una charla interminable. Es agotador, ¿no te parece? Perdona que te lo diga, pero la verdad es que me aburro cuando le das cinco vueltas a cada palabra que digo, y diez a todo lo que te parece que me callo. Todo va bien, ¿vale? Me parece que mejor lo dejamos así...

Palabras más, palabras menos, eso fue lo que me dijo Ludmila.

Ludmila... Una belleza imposible de ignorar; desde su manera de caminar hasta su perfume, empezando por su nombre.

Lánguida y etérea se había acercado a mí, una mañana, seis meses antes, durante el recorrido de sala, con su boca sutilmente entreabierta, su guardapolvo desabrochado, sus brazos caídos y su cabello lloviéndole sobre el rostro.

—No entiendo —dijo encogiéndose de hombros, ante la mirada atónita del paciente.

—¿Qué es lo que no entiende, doctora? —dije tratando de amoldar la situación, de cara a la institución hospitalaria; elevándola de un plumazo de estudiante a graduada.

—Nada —me dijo con desparpajo—. La verdad es que de esta materia no entiendo nada de nada...

—¿Cómo se llama, señorita? —pregunté, intentando sonar amenazante.

—¿Yo? Ludmila —contestó, manteniéndome la mirada—. ¿Y tú?

Y sucedió lo que ningún docente debe permitirse jamás, pero que ocurre a menudo. A mis casi cuarenta años, me enamoré de una alumna. Me enamoré de sus veintidós años, de su fragilidad, de su mirada de cansada distancia, de su contradictoria madurez juvenil, extraña y fascinante mezcla de inalcanzable heroína de videojuego y de personaje de Milán Kundera. Me enamoré de ella y seguramente también de su nombre: Ludmila.

Quizá debiera decir sobre todo de su nombre, porque ella misma era casi una inexistencia. Era imposible para mí estar unas horas con ella sin recordar a la mujer distante de Neruda («me gustas cuando callas, porque estás como ausente»); y si había algo que Ludmila hacía a la perfección era callar. Callar y pasear su mirada enigmática por ningún lado, como si estuviera fuera del mundo, lejos del universo, dejándome preso de mi imaginaria interpretación de los caminos de su pensamiento.

Hoy, en la distancia, a veces me disculpo. Esa joven y su actitud eran toda una novedad para mí y quizá, más que eso, el retrato de un vago recuerdo de algún antiguo Demián olvidado.

Además, es verdad, me la encontré precisamente cuando venía escapando de la voluptuosa experiencia de los reclamos permanentes de Gaby. Desde que nos habíamos casado, mi ex mujer jamás había dejado de exigir, de protestar, de pedir, de luchar por lo que llamaba rimbombantemente «sus derechos» y de exigirme que cumpliera con mis «responsabilidades más maduramente».

Ciertamente, Ludmila era todo lo contrario. Ella sólo permanecía, como si estuviera más allá de todo... Y eso era, como cualquiera puede comprender, una gran tentación.

Otras veces, sin embargo, me digo que como médico tendría que haber podido ver más allá de mis negaciones y mis deseos reparadores. Confundí su abulia adolescente

con una «postura casi zen»; su absoluta indiferencia con «temprana sabiduría»; y su anorexia nerviosa con la ingravidez de la vida espiritual.

Debí percibir que su rostro fresco y natural era el resultado de decenas de cremas y carísimo maquillaje hallado en sus interminables recorridos por los centros comerciales del mundo. Frascos, botes y botellas (pagados por papá) diseñados ex profeso para pasar inadvertidos.

Debí darme cuenta de que aquella ropa que parecía elegida al descuido y siempre a punto de caer, era el resultado de una auténtica estrategia de seducción indiscriminada.

Aquel «Puestodobien»... resonaba todavía en mis oídos al llegar a casa.

Aunque a lo mejor, esa niñata insolente tenía razón y yo me empecinaba demasiado en complicarlo todo, en buscarle siempre la quinta pata al gato...

De pronto, me acordé del Gordo. Hacía más de quince años una tarde me había contado el cuento *El círculo del 99*...

A lo mejor era eso.

¿Otra vez mi incapacidad para disfrutar de la vida tal como era?

¿Por qué demonios no podía contentarme con lo que tenía?

Después de todo, no parecía tan poco: vocación, profesión, salud, trabajo, amigos... Y un dinerito en el bolsillo para viajar a verlos.

¿Para qué tanta cabeza?

—Quizá para no terminar de aceptar...

¿No aceptar qué?...

—La verdad, claro.

Y la verdad era que la niña, Ludmila, me había dejado.

Mientras hacía girar con el dedo el hielo que flotaba en el segundo Martini rojo descubrí que el desgraciado hecho tenía un matiz nada despreciable. Este era un auténtico

motivo de sufrimiento. Al menos por un rato podía intentar convencerme de que era su abandono lo que me dolía, y librarme así de esa horrible sensación de desasosiego que desde hacía un tiempo me iba rondando. Pero a pesar de mi deseo, el engaño sólo duró hasta terminar la copa. No alcanzaba con la herida narcisista de la partida de Ludmila, para comprender el enorme hueco que sentía dentro de mí. Un extraño vacío interior que en los últimos meses condicionaba mi estado de ánimo y que, de muchas maneras, había participado también en el final de mi matrimonio.

Había algo más y yo estaba seguro de que, hasta que lo descubriera, no iba a poder estar tranquilo.

Otra vez me acordé de Jorge.

¿Cómo era el cuento del discípulo y la taza de té? Casi corrí hacia la biblioteca. Abrí la puerta de abajo, a la izquierda. Revolví mis apuntes de la facultad, junté algunas fotos viejas y aplané un poco mi arrugado título de médico mientras buscaba las notas de cuando hacía terapia con él (casi siempre anotaba los cuentos que el Gordo me contaba en sesión).

Efectivamente, ahí estaban... Pasé los papeles hasta encontrarlo y lo releí con auténtica pasión.

El hombre llegó a la tienda de Badwin el sabio, y le dijo:

—He leído mucho y he estado con muchos hombres sabios e iluminados. Creo haber podido atesorar todo ese conocimiento que pasó por mis manos, y el que esos otros maestros dejaron en mí. Hoy creo que sólo tú puedes enseñarme lo que sigue. Estoy seguro de que si me aceptas como discípulo puedo completar lo que sé con lo poco o lo mucho que me falta.

El maestro Badwin le dijo:

—Siempre estoy dispuesto a compartir lo que sé. Tomemos un poco de té antes de empezar nuestra primera clase.

El maestro se puso de pie y trajo dos hermosas tazas de porcelana medio llenas de té y una jarrita de cobre, donde humeaba el aroma de una infusión deliciosa.

El discípulo asió una de las tazas y el maestro cogió la tetera y empezó a inclinarla para agregar té en su taza.

El líquido no tardó en llegar al borde de la porcelana, pero el maestro pareció no notarlo. Badwin siguió echando té en la taza, que después de desbordar y llenar el platillo que sostenía el alumno empezó a derramarse en la alfombra de la tienda.

Fue entonces cuando el discípulo se animó a llamar la atención del maestro:

—Badwin —le dijo—, no sigas echando té, la taza está llena, no cabe más té en ella...

—Me alegro de que lo notes —dijo el maestro—, la taza no tiene lugar para más té. ¿Tienes tú lugar para lo que pretendes aprender conmigo...? —y siguió—. Si estás dispuesto a incorporar profundamente lo que aprendas, deberás animarte a veces a vaciar tu taza, tendrás que abandonar lo que llenaba tu mente, será necesario estar dispuesto a dejar lo conocido sin siquiera saber qué ocupará su lugar.

—Aprender —decía el Gordo siguiendo a los sufíes— es como encontrarse con un melocotón. Al principio sólo se ve lo áspero y rugoso. El fruto no parece demasiado atractivo ni tentador; pero después de pasar la primera etapa, se descubre la pulpa y el aprendizaje se vuelve jugoso, dulce y nutritivo. Muchos querrán detenerse en ese momento, pero crecer no termina aquí. Más adelante nos encontraremos con la dura madera del hueso. Es el momento del cuestionamiento de todo lo anterior, el momento más difícil. Si nos animamos a traspasar la dura corteza del apego a lo jugoso y tierno de lo anterior, si conseguimos sumar lo nuevo a lo viejo para sacar partido de ambos, llegaremos a la semilla. El centro de todo. La potencialidad absoluta. El germen de los nuevos frutos. El comienzo de un nuevo ciclo de apren-



dizaje al que sólo es posible llegar atravesando ese vacío desde el cual todo es posible.

Podía ser que eso me estuviera pasando.

Pero en todo caso, aquí estaba yo, discípulo, dispuesto a vaciar una vez más mi taza. ¿Dónde estaba el maestro?

Miré a mi alrededor con atención, pero del maestro... ni una foto...

## CAPÍTULO 1

María Lidia ya estaba sentada en la mesa del bar. Miré la hora, eran las cuatro en punto. ¿Me habría equivocado? No, habíamos quedado a las cuatro. Me hubiera gustado, por una vez, ser yo el que la esperara.

Me acerqué despacito, por detrás. Era ciertamente una sorpresa que yo llegara en hora.

—Hola, Marily —le dije, mientras la abrazaba desde atrás apretándola, con silla y todo, contra mi pecho y dándole un largo beso en la cabeza.

María Lidia era, con diferencia, la mejor amiga que tenía en la vida. Nos habíamos conocido durante un congreso de salud mental en Córdoba hacía casi quince años, cuando yo cursaba el último curso de Medicina y ella preparaba la tesis de su licenciatura en Psicología.

—¡Bueno, bueno! ¡Pero qué bien! Veo que estamos en el camino de vuelta.

Confieso que tuve miedo de su respuesta pero, a pesar de eso, no pude evitar preguntarle a qué se refería.

Me miró, hizo una sonrisa entre pícara e irónica y...

—Mira, entre los modismos, la niña, el gimnasio y el cambio de *look*... Sólo te faltaba teñirte el pelo, un bronceado permanente y declararte metrosexual —me espetó Marily, sin ninguna diplomacia, como era su costumbre.

—¿Y eso a qué viene? —me quejé.

—Hace meses que no me llamabas Marily. Desde que empezó tu noviazgo empecé a ser «bebé» o «amorosa». Había perdido mi nombre, mi apellido y casi mi historia a tu lado. Así que son buenas noticias. Por fin parece que nos

estamos recuperando del «Síndrome del Carcamal»... Te falta abandonar algún que otro término adolescente (volver a decir «cerveza», en lugar de «birra», por ejemplo) y quitarte esa ridícula pulsera de sogas y ya estás de vuelta entre nosotros. Los del club de los «taitantos» te echábamos de menos. ¿No es una buena noticia?

—Yo no sé si lo que tengo es el carcamal... —aduje como para empezar a hablar de lo que realmente me pasaba.

—Por supuesto que sí... Pero si te molesta puedes ponerle el nombre que quieras. Te lo digo yo que, como mujer, tengo mucha más experiencia. Cuando mis amigas y yo pasamos de los treinta le decíamos entre nosotras «la crisis existencial», para que el aire intelectual nos conjurara el miedo. No era suficiente, igual era espantoso. Esa inútil movilidad interna que de un día para otro nos sorprende sin orden ni concierto, sin rumbo ni destino pero con urgencia.

—Eso sí, vale, eso me suena. Un querer moverse siempre, sin saber adónde, ni por qué, saber que estás aquí pero que deberías ir a otro lado... Y cuando llegas a ese otro sitio, te das cuenta de que tampoco es ése el lugar.

—Exactamente —asintió Marily—, como si cambiara la percepción del paso del tiempo, ¿no es cierto?, como si de la nada apareciera la necesidad de encontrarle un sentido diferente a la vida...

—Eso, un replanteamiento. Parar y mirar lo que has hecho... Eso. ¿Cómo llamarlo?

—En tres palabras: Car-Ca-Mal —dijo Marily y otra vez se volvió a reír a carcajadas, llamando la atención del resto de la gente del bar.

Yo escondí la barbilla en el pecho tratando de pasar desapercibido. Pero ella siguió:

—Ay, Demi, el problema es que vosotros, los hombres, sois tan previsibles, tan evidentes, reaccionáis todos igual. Aparece una chica joven, a las que antes de separaros no os atrevíais ni a piroppear por no parecer babosos y enton-

ces... corriendo al peluquero, pero no el de siempre, sino a un «estilista». A comprar ropa nueva en el lugar de moda. Hacerse tiempo para el gimnasio y para tomar clases de Tai-Chi... Y así irse creyendo poco a poco que conseguís dar la talla y que todavía estáis en forma.

A Marily le había salido su irrefrenable feminismo, que yo tanto detestaba. No lo hacía para molestarte, la conocía, simplemente no podía evitarlo. Esa tarde yo no tenía ganas de involucrarme como tantas otras veces en una batalla campal sobre la igualdad de sexos. Así que dejé pasar el tema haciéndole gestos para que bajara la voz.

—No te avergüences, que por lo menos a ti te llegó temprano. Debe ser porque no tienes hijos, si los hubieras tenido serían demasiado pequeños y todavía estarías ocupado criándolos. A la mayoría de tus congéneres les pasa alrededor de los cincuenta, siempre después de su primer divorcio y siempre mientras se esmeran en echarle la culpa a «su ex» de todo lo que no pudieron hacer.

Como si hubiera estado esperando el final del largo discurso, el camarero se apresuró a traer nuestras cervezas, quizá para ver si las tomábamos y nos íbamos, cuanto antes mejor.

María Lidia levantó la copa para brindar y casi gritó:

—¡Por Pigmalión abandonado!

Yo acerqué mi cerveza a la suya y las chocamos con entusiasmo. Mientras bebía trataba de recordar la historia de Pigmalión. La asociaba con Bernard Shaw y con la trama de la comedia musical *My fair lady*, pero no conseguía concatenar el relato mitológico que había dado origen a todo lo demás.

—¿Cómo era? —pregunté. Y ante la mirada asombrada de mi amiga agregué—: El mito de Pigmalión... ¿Cómo era?

Pigmalión era un escultor. Posiblemente el mejor de los artistas que trabajaban la piedra en todo el imperio. Una no-

che sueña con una hermosa mujer que camina altiva y sensual por su cuarto. Pígmalión cree que es Afrodita, la diosa del amor y del sexo, y piensa que es ella misma quien le envía esa imagen como manera de pedirle que esculpa en un bloque de mármol una estatua en honor a su divinidad.

A la mañana siguiente Pígmalión va a la cantera de piedra y encuentra, como esperándolo, un gran trozo de mármol que encaja a la perfección con la idea de la obra, la mujer de su sueño, a tamaño natural, de pie, apenas reclinada en una pared, mirando con orgullo el mundo de los mortales.

Durante los siguientes meses, el artista se dedica a quitarle a la piedra todo lo que le sobra para dejar que aparezca la belleza perfecta de la obra. Cada día trabaja incansablemente, cada noche sueña con esa cara, ese cuerpo, esas manos, ese gesto. La estatua va tomando forma y dado que Pígmalión duerme en su taller de trabajo, cada mañana es la mujer de mármol la primera figura que se encuentra.

Pígmalión no sólo puede ver en su interior la obra terminada, sino que empieza a imaginar cómo sería esa mujer si cobrara vida. En cada talla el escultor pone de manifiesto lo que ya sabe, porque lo imaginó, de esa hembra perfecta. Para ayudarse a definirla le ha puesto nombre. Se llama Galatea.

Los detalles se pulen en la misma medida en la que aumenta la obsesión del artista por terminar la obra. No es el deseo de finalizar la tarea que podría sentir cualquier escultor, es la pasión de un enamorado de verse frente a su amada de una vez por todas.

Finalmente, el día llega. Solamente resta el pulido y Galatea podrá ser presentada en sociedad.

—El mundo quedará sin palabras frente a tu belleza —le dice al mármol.

Esa noche, una brisa que entra desde la ventana lo despierta. Una mujer bellísima está de pie frente a Galatea. Emanada de ella un brillo intenso. Es Afrodita en persona. Ha

bajado hasta el taller a ver la obra de Pigmalión en su honor.

—Te felicito, escultor, es una obra maestra. Me siento muy satisfecha. Pídeme lo que quieras y te lo concederé —dice la diosa.

Pigmalión no duda. Él sabe lo que desea. Lo ha estado pensando desde hace semanas.

—Gracias, Afrodita. Mi único deseo es que le des vida a mi estatua. Que permitas que se vuelva una mujer de carne y hueso, una mujer que sea, sienta y piense como yo me la imaginé...

La diosa lo piensa y finalmente decide que el escultor se lo ha ganado.

—Concedido —dice Afrodita y luego desaparece del cuarto.

Con su alegría compitiendo con su asombro Pigmalión ve cómo Galatea abre sus enormes ojos y su piel va cambiando del frío blanco del mármol al tibio y rosado color de la piel humana.

El artista se acerca y le tiende una mano para que la mujer baje de la tarima.

Con un gesto principesco, Galatea acepta la mano de Pigmalión y baja caminando con altivez hacia la ventana.

—Galatea —dice Pigmalión—, eres mi creación. Por dentro y por fuera eres tal como te imaginé y tal como te deseé. Este es el momento más feliz de la vida de cualquier mortal. La mujer que soñabas, tal como la soñaste frente a ti. Cástate conmigo, hermosa Galatea.

La bellísima mujer gira la cabeza y lo mira por encima del hombro por un instante. Luego vuelve a mirar la ciudad y le dice con esa voz que Pigmalión imaginó que tendría, lo que el artista jamás pensó:

—Tú sabes perfectamente cómo pienso y cómo soy. ¿De verdad crees que alguien como yo podría conformarse con alguien como tú?

—¡Pero yo no inventé a Ludmila! —protesté.

—Fuera no, pero me parece que la construiste dentro. Vosotros sois todos iguales. Armáis un prototipo usando como molde el negativo de la que se fue y después lo salís a buscar. Tú mismo dices siempre que la niña era «inexistente».

—Estás generalizando y no estoy de acuerdo. Lo que me pasa es mío, íntimo, personal.

—Bueno, Demi, no te enfades, sólo le ponía algo de humor al problema. No te creas que no te entiendo. Pero te repito, a los cuarenta hay que ponerles el cuerpo... Yo no puedo contestarte las chorradas que te dirían otros hombres: «Qué le vas a hacer, macho», «Son todas iguales», «Ella se lo pierde», y todo eso... Una mujer de mi edad tiene otras miradas y desde la mía todo está más claro que el agua... Ahora, si buscas otro tipo de respuesta...

No la dejé seguir. Había sido paciente, pero todo tenía un límite.

—Según parece, lo que me conviene es hablar con algún amigo varón. Alguien que sienta igual que yo. ¡Un hombre capaz de comprender desde los huevos a otro hombre que está jodido! —dije, levantando algo el tono de voz.

—Está bien, está bien... Tienes razón, me pasé.

—Marily, eres mi amiga de toda la vida. Hemos militado juntos. Eres psicóloga y como si fuera poco mantuvimos nuestra amistad, a pesar de las diferencias que, admitámoslo, con los años se han ido profundizando. Quizá sea precisamente el hecho de que nos sigamos queriendo aunque seamos tan distintos el que me hizo pensar que me podías dar otra mirada, no sé, un consejo...

—¿Un consejo mío? —Marily se volvió a reír, esta vez burlándose de sí misma—. No soy muy buena dando consejos (deformación profesional, ¿sabes?). Pero ya que has